

Carta al Rector

Bogotá, Agosto 18 de 1911

Al señor doctor don Rafael María Carrasquilla, Rector del Colegio del Rosario—S. M.

Muy respetado doctor :

Hace poco tiempo tuve el honor de ser nombrado miembro de la Academia Nacional de Historia. Deseoso de que lo primero que salga de mi pluma, cobijado con el título de académico, sea publicado en la REVISTA de ese Colegio, del cual guardo tan buenos recuerdos y al cual debo mis primeros triunfos en la investigación histórica de nuestra vida nacional, le adjunto á esta carta, en pliego separado, unos apuntes biográficos y anecdóticos de uno de los oficiales más simpáticos de nuestra Guerra Magna.

Usted, respetado doctor, sabrá corregir los muchos errores que contiene el tal artículo, y ya así podré esperar el honor de verlo publicado en la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO.

Quedo de usted, muy respetuosamente, su agradecido discípulo,

LUIS AUGUSTO CUERVO

Un oficial de la Independencia

Surgía la aurora del 20 de Julio de 1810. Los patriotas granadinos soñaban con la lucha del águila republicana contra los leones de Castilla. Había en los cerebros ideas de gloria y libertad.

La juventud residente en Bogotá se apresuró á tomar armas en favor de nuestra emancipación del yugo español. De entre esos jóvenes, se destaca airoso la simpática figura de Rafael Cuervo. Los señores Vergara y Scarpetta, en su

Diccionario Biográfico, citan á la ciudad de Bogotá como el lugar de su nacimiento. Otros aseguran que nació en Timaná allá por el año de 1792. El señor Espinosa Prieto, santafereño, su compañero de armas, lo llama *mi amigo y paisano* (1). A pesar de estas opiniones, nosotros poseemos su fe de bautismo, de la cual resulta que Pedro José Rafael Cuervo, hijo legítimo del español don Manuel Cuervo y de doña Ignacia Rivera, de Timaná, nació en el Gigante el día 26 de Noviembre del año de 1795.

No acababa de darse el grito de libertad, y ya asomaba entre sus jefes la discordia y absurdas rivalidades que trajeron no pocos tropiezos á la causa de la independencia. El 2 de Diciembre de 1812 se encontraron en Ventaquemada (2) los federalistas al mando de Baraya con los centralistas, cuyo jefe era Nariño. Victorioso Baraya, después de una violenta escaramuza, se retiró Nariño con su gente á Bogotá. En los primeros días del año siguiente de 1813 atacaron los federalistas la ciudad. El combate fue reñido, quedando triunfantes las fuerzas centralistas. En esta acción ganó Cuervo el escudo de honor, consistente en una placa de plata dorada con la inscripción NUEVE DE ENERO, decretada para premiar el valor de las tropas.

También se halló Cuervo en los triunfos de Alto Palacé, Calibío, Juanambú y Tacines, lo mismo que en la derrota del *Calvario*, de Pasto. En la Cuchilla del Tambo fue Cuervo hecho prisionero y llevado á Popayán. Allí, en esos calabozos oscuros y húmedos, bajo la fiera mirada de los centinelas españoles, fue Cuervo para los patriotas un apoyo y un consuelo. El señor Espinosa Prieto, su compañero de prisión, dice de él: "Cuervo era un joven amable, franco y simpático, siempre de buen humor; pero al par de esto, con esa sonrisa estereotípica, conservaba en los mayores peligros y en las situaciones más apuradas una serenidad fabulosa: Era capaz de batirse él solo contra veinte

(1) *Memorias de un Abanderado*. Recuerdos de la Patria Boba. 1810-1819. José María Espinosa. Bogotá, 1876.

(2) Hoy San Antonio de Padua (departamento de Boyacá).

enemigos, con el arrojó de un león, sin que se alterase su fisonomía, sin palidecer un solo instante. Cuervo era en la prisión nuestro consuelo: sus chistes nos hacían reír y su valor nos alentaba.”

Deseoso Sámano de hacer un escarmiento, ordenó que se escogieran veintiún oficiales de los prisioneros en la Cuchilla del Tambo, y que la suerte decidiera los cuatro que de entre ellos debían sufrir la pena capital. Tocó ésta al alférez Mariano Posse, al teniente Rafael Cuervo, á José Hilario López (1) y al alférez Alejo Sabaraín (2). Eran los más jóvenes.

El General López en sus *Memorias* nos cuenta cómo pasaron los que ellos creyeron sus últimos momentos. Oigámoslo: “Mis compañeros reposaban también por intervalos; pero el jovial Cuervo casi no cerraba los ojos, ni dejaba de decir algún chiste. Unas veces llamaba la atención de los oficiales salvos, tocando la puerta de la reja y diciéndoles: ‘Duerman ustedes, camaradas, ya que á nosotros no se nos permite este alivio.’ Otras: ‘No se aflijan, compañeros, por nuestra suerte, sólo les encargamos nuestra memoria y otra cosa que no puedo decirles,’ y acercándose á nuestro oído nos decía: ‘la venganza.’ Otras, haciendo todo el ruido posible, les decía: ‘no es justo que ustedes duerman mientras nosotros velamos, *vigilate et orate, quia nescitis diem neque horam.*’”

Cuando se ausentaban los sacerdotes que les acompañaban, Cuervo invitaba á sus compañeros á catar una botella de vino que había podido conseguir. La historia ha recogido uno de sus brindis en esa noche, víspera de ser pasado por las armas: “Tomo, decía, porque los que vamos mañana á entrar en el Empíreo suframos la muerte con tal denuedo y dignidad, que el poderoso Júpiter no sepa á cuál de nosotros deba dar el lugar preferente.”

Las ejecuciones debían tener lugar al otro día, en sus primeras horas, pero pocos instantes antes resolvió Sáma-

(1) Después General y Presidente de Colombia.

(2) El amante de Policarpa Salavarrieta.

no que fueran por la tarde, para que así cumplieran los ajusticiados las veinticuatro horas de capilla. Cuando se les anunció esta noticia á los presos, exclamó Cuervo con grandes demostraciones de alegría: “Sea en hora buena, pues así podrá el zapatero terminarme mis zapatos.” En efecto, había mandado hacer unas botas para estrenarlas en el camino hacia el banquillo.

A las tres de la tarde sonaron en la cárcel de Popayán los tambores españoles, y los soldados realistas sacaron de sus calabozos á los cuatro oficiales patriotas. Cuervo abrió la marcha hacia la muerte, sonriendo á todos, despidiéndose indiferente de la vida. Ya en la calle se dirigió Cuervo al jefe de la escolta que debía fusilarlo, Manuel Santacruz, y le regaló algunas de sus prendas de vestir con la condición de que le apuntaran al pecho y al vientre y no á la cabeza.

Faltaban pocos metros para llegar al sitio donde se levantaban los banquillos, cuando llegó un oficial á caballo trayendo el indulto del virrey Montes; Cuervo, con su acostumbrada sangre fría, se dirigió á Santacruz, diciéndole: “Vamos, mi sargento, devuélvame mis calzones y mi ruana, que donde hay engaño no hay trato.”

Enviados á Bogotá casi todos los que tan milagrosamente se habían salvado de la muerte, nosotros poseemos el siguiente documento, original é inédito, que se refiere á nuestro prócer:

“Rafael Cuervo y Mariano Posse, oficiales rebeldes, que estando en capilla fueron indultados de la pena capital en virtud de órdenes del teniente general don Toribio de Montes, serán destinados por V. S. provisionalmente al presidio de esta ciudad, interin se averiguan las razones que motivaron el citado indulto del expresado general para con dichos individuos.

“Dios guarde á V. S. muchos años.

“Cuartel General de Santafé, 4 de Octubre de 1816.

“Señor don Antonio Casano.”

Hay una nota que dice: *Ya están en presidio como manda S. E.*

.....Condenado á servir de soldado en el batallón *Nu-mancia*, se halló Cuervo y fue factor principal en la insurrección de los patriotas limeños. El 2 de Diciembre de 1820 proclamaron la independencia, prendieron á los pocos jefes que quedaban, partidarios de Fernando VII, y marcharon á encontrar al General San Martín, que avanzaba hacia Lima.

La historia ha recogido en páginas gloriosas la derrota de los patriotas en Chancay. Un puñado de valientes, que antes de volver al yugo que tan gloriosamente acababan de romper, prefirieron arrojar-se á las aguas del mar Pacífico. Allí ganó Cuervo esa honrosa medalla que lleva por inscripción *A los vencidos en Chancay*.

Después de las batallas de Junín y Matará, tocó á Cuervo recuperar con unos pocos soldados y cincuenta *húsares de Colombia* las caballerías y equipajes que les había cogido el enemigo en el pueblo de Huanta.

El día de la batalla de Ayacucho era Cuervo jefe de día y segundo jefe del *Batallón Pichincha*, y á él se debe que los republicanos, embriagados por el triunfo, no hubieran matado al virrey general Laserna.

Existe en nuestro Museo Nacional un buen retrato del coronel Rafael Cuervo. Al pie de él se dice que murió en Chuquisaca el año de 1825. El señor Manuel Antonio López, en sus *Recuerdos Históricos*, dice que fue en 1827, y que le decretaron honores extraordinarios. Este autor, compañero de Cuervo en más de una batalla, nos lo pinta como un "mozo moreno, delgado y el más espigado de nosotros, pero sobre todo el tronera más popular del ejército." También nos cuenta dos ocasiones en que lo vio llorar. Dice así: ".....paseando por el campo con un camarada oyó cantar á unos *cuculies* ó torcazas, y se detuvo preguntándole al otro qué ruido era ése; 'unas palomas,' respondió aquél; 'eso no puede aguantarse, sigamos,'

añadió Cuervo, y dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Y también el 15 de Enero de 1825 cuando lo vimos en el Cuzco soltarse á llorar como una mujer, escuchando la patética retreta con que nuestras bandas nos despidieron de esa generosa población para seguir á La Paz el siguiente día."

Don José María Quijano Otero llama á Cuervo "figura que deslumbra, que enamora; tipo del caballero y del tronera; escándalo del heroísmo."

LUIS AUGUSTO CUERVO

Miembro correspondiente
de la Academia Nacional de Historia

LA IMAGEN ANONIMA

El padre Rodríguez era para todo; lo mismo predicaba un buen sermón en la villa que derribaba á hachazo limpio un trozo de montaña; tan bien pasaba horas y horas en el confesonario, como recorría á pie, con los taleares so-faldados, las seis ú ocho leguas de rastros, selvas y precipicios que lo separaban de la choza del moribundo. Era buen teólogo y no mal carpintero; sabía herrar una mula y pintar un imagen pasable de la Virgen; nadaba como una sardina, comía de buena gana lo poco y ordinario que había en aquellos riscos y hondonadas. Ni podía ser de otra manera. Sepultado en aquella región inmensa, despoblada y bravía, tenía por fuerza que bastarse á sí propio, desprovisto como se hallaba de todo auxilio ajeno.

Cinco caseríos minúsculos, separados entre sí por distancias enormes, encerraba aquella parroquia, llamada antes *La Chusquera*, y bautizada por el padre Rodríguez, con anuencia de los dos poderes, eclesiástico y civil, con el bíblico nombre de *Bethsugé*. Todos los sábados, el buen cura, que madrugaba más que el sol, emprendía camino entre dos luces, caballero en su machito bayo, acompañado